

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D
CERVANTES



La dimensión universalista de la prehistoria **Martín Almagro Basch**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Arbor* 24, n.º 87, marzo de 1953, 293-306. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*].

© Herederos de Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

La dimensión universalista de la Prehistoria

Martín Almagro Basch

La palabra griega *Historia* se refiere a todo cuanto en el mundo ha sucedido. Para los griegos el devenir histórico tenía una unidad, y jamás pensaron los griegos, ni tampoco los romanos y sus discípulos los historiadores de la Edad Media y del Renacimiento, en dividir el desarrollo histórico de la Humanidad en dos períodos: Prehistoria e Historia, claramente diferenciados a partir del siglo XIX. La palabra Historia vino a significar, y significa aún hoy, en nuestras aulas, sólo la historia que se conoce e investiga sobre documentos escritos. Dejando la Historia sin documentos escritos, que es una larga etapa aleccionadora y esencial en toda Historia Universal, relegada a un capítulo de introducción o a veces excluyéndola totalmente como una ciencia independiente. Así se viene rompiendo la visión del concepto del devenir histórico y se hurta al historiador hasta el ideal de la Historia, cuya meta verdadera y clara es el relato de todo lo que ha sucedido al hombre sin restricción alguna en el tiempo y el espacio. Este falso camino origina un bastardeamiento del concepto de la Historia más grave de lo que parece. Ya los griegos tuvieron para lo que muchos llaman ahora histórico, o sea, la parte de la Historia que se investiga con documentos escritos, la palabra *Συγγραφή*. Pero lo que la Historia debe abarcar en su estudio es la actividad del Hombre en su unidad; ofrézcase su lección, a nosotros con escritos o con restos materiales de su cultura.

Es claro que si la división de la Historia en edades es un falso comodín para el estudio parcial de la Historia Universal, la diferenciadora división conceptual de Historia y Prehistoria es ilógica. Historia es también la Prehistoria de la Humanidad, y a veces los restos mudos de un campamento kurgano-escita o de un abandonado poblado ibérico, hablan con más seria verdad que el más secreto —y por ello más veraz— documento escrito, que siempre es algo personal, subjetivo y, por tanto, redactado como parcial tendencia propagandística.

Esta actitud anómala de apartar la Prehistoria de la Historia hace que en muchos países los estudios prehistóricos se hayan excluido de las Facultades de Filosofía y Letras, seccionando totalmente su enseñanza y su verdadero carácter de ciencia humanística, sólo guiados quienes tal hacen por los métodos empíricos y la necesidad de complejas técnicas que para estudiar tan remotos tiempos se emplean.

En nuestra Patria, torpemente, por el contrario, no se le da a la Prehistoria cabida en los planes universitarios, y se enseña con la Edad Antigua y Media, sin que nuestros consejos y reclamaciones hayan sido nunca atendidos.

Sin Prehistoria y sin Etnología, ciencia totalmente ausente en nuestra Universidad, no es de extrañar se haya perdido entre nosotros todo afán de lograr y enseñar una visión completa del actuar humano sobre el globo, y con tristeza hemos de hacer constar, como desde los lejanos tiempos de Sales y Ferré, nadie de España ha ambicionado ocupar un puesto al lado de los que fuera siguen haciendo Historia Universal.

Mas no queremos apartarnos de nuestro tema, y vamos a exponer en las páginas que siguen cómo los prehistoriadores que se sienten auténticos historiadores, en el sentido griego de esta palabra, intentan avanzar en su camino unificando conceptos y terminologías de manera universal, para así exponer más claramente los sugestivos resultados obtenidos, buscando superar, como los modernos tratadistas de la Historia Universal lo han hecho, las

anacrónicas divisiones de Edades, que nada lógico y real, significan en la exposición del saber humano de la Historia.

Como los historiadores, los prehistoriadores dividieron un poco absurdamente la Prehistoria en Edades, y como el contenido de las mismas resulta hoy más anticientífico que útil, piénsase por ello en su abandono y en la introducción de una más apropiada nomenclatura para la exposición y estudio de esta parte de la Historia,

LA CRISIS DE LAS DIVISIONES CLÁSICAS DE LA PREHISTORIA.

Fueron el inglés Thomsen y el francés Gabriel de Mortillet quienes establecieron las bases para la división en tres grandes etapas de los largos siglos en que la Humanidad vivió sin Historia: Edad de la Piedra tallada o Paleolítico, Edad de la Piedra pulimentada o Neolítico y Edad de los Metales.

Tal división reflejaba una segmentación cronológica del proceso histórico, un poco ingenuamente tomada de las ya clásicas Edades Antigua, Media y Moderna en que se dividía la Historia Universal. En otra ocasión próxima volveremos sobre este tema de las divisiones ríe la Historia, tan falsas y poco útiles, ya que no responden a la exigencia científica de todo historiador que escribe sobre el proceso de la actividad del hombre sobre la tierra y sus formas esenciales de vida.

Desde que se originó, sobre todo en el campo de la Etnología, el concepto de Cultura y el historiador ha procurado obtener un análisis preciso de su origen y desarrollo, la Historia Universal ya no cabe en los viejos moldes de tipo cronológico. Aunque hemos de hacer constar cómo el desarrollo de las culturas analizadas en su conjunto ofrece una unidad básica, que es el hombre siempre vario, pero siempre uno, y por ello debernos reaccionar contra el concepto spengleriano de la Historia, pues este historiador alemán no veía en la Historia Universal sino círculos cerrados, atomizándose así el que podríamos llamar hilo diamantino de la Historia, el cual permite al historiador abarcar y ver con cierta unidad el panorama general de la Historia humana. Sólo gracias a la Unidad que el hombre representa, puede salir airoso quien haga Historia Universal, del laberinto de las culturas diversas, como Teseo salió del laberinto de Minos guiado por el hilo de Ariadna.

Pero para realizar tal visión de manera verdadera, es lo cierto que aquellas cómodas, didácticas y facilonas divisiones de la Historia y de la Prehistoria ya no valen, y esta última ciencia, más joven y ambiciosa, intenta salir de ellas con tanteos audaces, pues no basta suprimir y derribar conceptos en la elaboración de la Ciencia; es preciso, para ser fecundo, concebir otros y batallar para hacerlos útiles y universalmente válidos. A esta ambición tiende un movimiento que nosotros deseamos dar a conocer en estas páginas.

LA VARIACIÓN DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA.

Mientras la mayoría de los historiadores parciales de la Historia escrita, enfrascados en sus investigaciones de tipo localista, han ido poco a poco abandonando la visión completa de la Historia, con un laudable afán, prehistoriadores y etnólogos han investigado y han ambicionado con gran audacia una visión del hombre todo, actuando en el tiempo y en el espacio.

En su afán de continua y progresiva marcha, la Prehistoria, en la segunda mitad de este siglo XX, aspira a unificar de manera universal su nomenclatura, sus sistemas cronológicos, e incluso desearía llegar a ofrecer un concepto exacto y ecuménico de sus divisiones frente a las edades clásicas, ya anticuadas, y frente a las divisiones subjetivas, sean cronológicas o culturales, que han venido a ser tantas y tan diversas, que constituyen un grave problema en el desarrollo y enseñanza de esta ciencia.

Así como la voz Historia se tomó del concepto griego de esta palabra, Prehistoria es un vocablo que sólo comenzó a mencionarse desde el siglo XVIII. Como su concepto entrañaba el estudio de la actividad humana anterior a la Historia escrita, a la Συγγραφή, el valor

del vocablo Prehistoria ya no ofreció una general e idéntica valoración entre los idiomas europeos más cultos. Ha sido el español el que ha tenido un sentido, diríamos, más lógico en valorar la palabra Prehistoria. Para nosotros es todo lo anterior a la Historia escrita, y aunque se usa la palabra Protohistoria, no ha alcanzado ésta a eliminar el valor general de aquélla, separando del adjetivo prehistórico lo protohistórico, fase última de la Prehistoria. Protohistórico es un adjetivo que ha quedado admitido, pero sin contenido lógico y sin concepto bien definido, ni determinación cronológica especial para el hombre profano. En general, prehistórico es para nuestro idioma todo lo anterior a lo histórico. Para los especialistas ya es otra cosa. En español se suele diferenciar a veces lo prehistórico de lo protohistórico, período en el cual, si bien no conocernos aún la Historia por documentos literarios escritos, estamos en presencia de fuentes históricas escritas pertenecientes a otras culturas relacionadas con nosotros y que empiezan a darnos noticias literarias inciertas, pero que alumbran ya los simples hallazgos materiales, únicos que puede utilizar el prehistoriador. Así desde la fundación de Gadir y Emporion, España entra en la Protohistoria. Pero este concepto, más o menos claro a los especialistas, no es usado por el lenguaje corriente, cuya lógica nos parece digna de respeto. Y más por cuanto la confusión es muy grande en los demás idiomas cultos europeos.

En francés *Préhistoire* es sólo lo que nosotros llamamos Edad de la Piedra, algo así como la época en que no había Historia escrita en ninguna parte del mundo. Queda de este modo bien definido el concepto de *Protohistoire* para la Edad de los Metales, que precede a la aparición de los documentos históricos, que se retardan más en unos pueblos que en otros. También en Italia, más directamente influida por Francia, estos conceptos de *Prehistoria* y *Protohistoria* son parecidos.

Los pueblos germánicos han sido en el uso de la palabra y concepto de la Prehistoria muy discordantes: los alemanes diferencian bien la *Urgeschichte*, que viene a significar la Edad de la Piedra o *Préhistoire* de los franceses, de la *Frühgeschichte* o período prehistórico, que llega en Germania hasta los emperadores carolingios. Más o menos es el concepto francés, alargado en el tiempo, pero complicado con el término *Vorgeschichte*, que viene a ser de valor intermedio entre la *Urgeschichte* y la *Frühgeschichte*. Sin embargo, es general el denominar a todo el proceso prehistórico con las voces *Vor-und Frühgeschichte* o *Ur-und Frühgeschichte*.

Los ingleses, más lógicos, como los españoles, han llamado *Prehistory* en su país a todo lo anterior a lo romano, desde que John Lubbock, primer lord Avebury, introdujo ese término. Desde los eolitos a los druidas, es tema de la Prehistoria en Inglaterra, y a los anglosajones, como nosotros a los visigodos, no los tratan ya sino como Historia. Como estos conceptos ya son hoy patrimonio general del idioma de cada nación, no será fácil cambiarlos. Sólo debemos tender a que su significado lógico sea claro y se supere lo que de falso hay al diferenciar lo «históricos de lo «prehistórico». Es lo que se busca con la nueva nomenclatura internacional propugnada por una corriente de varios investigadores, la cual nos ha movido a redactar estas páginas sumándonos a este movimiento en el cual, sobre todo, lo que tratamos de alcanzar es nada menos que una visión de la unidad que toda la Historia Universal tiene, incluso en su proyección geográfica, representada por la historia nacional de cualquier pueblo, que no será completa si no abarca toda la Historia, es decir, también la Prehistoria. Para esto los prehistoriadores han comprendido la necesidad de unificar su terminología cronológica y cultural, superando la vieja división en Edades y, a la vez, superar las anárquicas divisiones varias que en esta ciencia se han establecido, uniendo la necesidad de la sistematización cronológica con el contenido cultural desarrollado en los diversos períodos por los pueblos sin Historia escrita.

El logro de esta meta es complejo por el diferente desenvolvimiento étnico-cultural que toda colectividad ofrece. Pero es una noble ambición la tendencia a unificar las denomina-

ciones cronológico-culturales del devenir histórico en esa larguísima etapa que forma la Prehistoria. A la vez que damos cuenta de esta inquietud, que, al fin y al cabo, es una vuelta a la unidad de ver al hombre en todo su devenir histórico, queremos ofrecer los proyectos, aún simples tanteos, que para la solución de este problema se vienen haciendo, sobre todo en Inglaterra, pues hoy este país va a la cabeza de los estudios prehistóricos, mientras en Alemania, que hasta antes de la guerra representaba el primer lugar, hoy los estudios de esta ciencia están un poco apagados como consecuencia tal vez de sus desviaciones racistas y de la depresión económica general que aquel país tiene que soportar en esta etapa de la postguerra. Esperamos, sin embargo, que pronto la ciencia prehistórica germana alcance el vigor que tuvo.

NUEVA DIVISIÓN EN EDADES DE LA PREHISTORIA.

El valor diverso de estos términos, prehistórico, protohistórico, etc., y aún más el problema de aplicar voces tan poco claras a países diversos, ha sido una de las causas del desprestigio que la Prehistoria recibe a veces en ciertos círculos burlones y necios:

El humor inglés, recogido en el *Spectator*, arremetió tiempos atrás contra la Prehistoria, llamándola «El estudio de lo increíble por los crédulos» y dedicándole frases como ésta: «Lo injustificable deducido de lo inverificable», «La reconstrucción por lo imaginativo de lo inimaginable», «Lo que nadie sabe acerca del pueblo que nunca ha existido».

Para sacar a los tratados de la Prehistoria de esta nomenclatura tan diversa y de tan difícil y variada interpretación vienen clamando varias voces. Recientemente, la *Prehistoric Society* de Londres ha abordado la discusión de unificarla y, por otro, de aclarar los términos con los que podrían dividirse los largos tiempos prehistóricos en cualquier país y ante cualquier cultura.

La causa es noble, y dos relevantes prehistoriadores ingleses, el profesor C. F. C. Hawkes, de Oxford, y el profesor Glyn E. Daniel, de Cambridge, han intentado abordar este tema, arduo e interesante para todos los que seguimos los avances de esta ciencia.

Hawkes cree que la segunda mitad del siglo XX debe romper sin miramientos con la diversidad de la terminología, y en todas partes debemos aceptar los siguientes períodos para las etapas anteriores a la Historia escrita:

I. *Protohistoria*, cuando las fuentes escritas comienzan a relatarnos noticias escritas sobre los vestigios arqueológicos. Por ejemplo, en España, los tiempos desde las fundaciones de Gadir y Emporion a la sucesiva conquista romana. En, Inglaterra, desde trescientos años antes de Jesucristo, referencias claras a Albión tras el viaje de Piteas, a la invasión de César.

II. *Parahistoria*, período en el cual los materiales arqueológicos pueden fecharse por relaciones directas con culturas históricas. En Europa occidental esta etapa abarcaría entre las primeras fuentes de griegos y púnicos hasta el 1500, en que llegamos a fechar los primeros materiales arqueológicos importados desde las culturas históricas bien datadas del Oriente próximo. En Europa central y Hungría podría llegar al 1700, al iniciarse la cultura de Aunjetitz.

III. *Telehistoria* sería el período prehistórico que abarca desde la aparición de culturas agrícolas seguras en un territorio con el desarrollo de la plena agricultura en el mismo, hasta la posibilidad de hallar paralelos cronológicos seguros proporcionados por culturas históricas más o menos lejanas. Este período se iniciaría en época diferente, según las diversas zonas geográficas, y no prejuzgaría ni el difusionismo ni la invención independiente de algunos conocimientos agrícolas, tema aún *muy* debatido, pues sólo cuando la vida agrícola neolítica plena se desarrolla podría ser aceptado el calificativo de telehistórico.

IV. *Antehistoria* sería la larguísima etapa de la Humanidad, a cuyo conocimiento llegamos por métodos diferentes, abarcando el Paleolítico y ese posible Neolítico inicial in-

completo antes de la decisiva transformación económico-social agrícola del Neolítico. Es decir, aproximadamente lo que los franceses suelen entender por *Préhistoire*.

No creemos que esta proposición de Hawkes no sea discutida; pero, aunque audaz, no cabe duda de que nos sacaría de la confusión terminológica ya generalizada, en la que los mismos vocablos expresan conceptos contrapuestos sin lógica alguna. En el estado de nuestras investigaciones podemos y debemos hacer todo lo que podamos por unificar la división de los períodos prehistóricos, no sólo logrando un concepto lógico de los mismos, sino también una unidad universal en los vocablos para denominarlos. Así todos tendremos ideas claras y las entenderán los profanos incrédulos, pues hoy cualquiera puede observar la diversidad de términos y la valoración ilógica de su significado. Pero a la vez que esta sugestiva proposición, cuyo futuro no podemos predecir, vamos a exponer a los prehistoriadores e historiadores españoles otras tesis más concretas y, en nuestra opinión, de más inmediata aceptación, por su gran utilidad para todos los prehistoriadores.

LA UNIFICACIÓN EN LOS PERÍODOS CRONOLÓGICOS.

Tiende este movimiento a lograr el avance importante que representaría la unificación de los vocablos que designan grandes etapas de la Historia sin fuentes escritas, si se aceptara por todos los investigadores de ese largo período. Es indudable la necesidad de usar todos una igual nomenclatura y unos conceptos lógicos para datar lo mucho que sabemos hoy del remoto pasado de la Humanidad y designar las culturas conocidas por los prehistoriadores a base de conceptos también claros y lógicos.

La nueva terminología que haga borrar el caos de las nomenclaturas personales para designar los fenómenos culturales y los períodos cronológicos ha de atender, naturalmente, a incluir estas dos grandes categorías de conocimientos que poseemos los prehistoriadores: por un lado, los datos culturales; por otro, los datos cronológicos.

Ya Oswald Menghin, el ilustre prehistoriador de Viena, hoy en Buenos Aires, y tras él Kendrick, Childe (1942) y Clark (1946), en Inglaterra, intentaron apartarse totalmente de las viejas divisiones en Edades de la Prehistoria y optaron por exponer esta ciencia desde puntos de vista meramente culturales. Frente a Thomsen y Gabriel de Mortillet, los sistematizadores y definidores de las Edades cronológicas de la Prehistoria, ya hubo en el siglo XIX ilustres representantes de esta ciencia, que prefirieron usar fórmulas culturales. Taylor estableció tres largas «edades» culturales y no cronológicas: Salvajismo, Barbarie y Civilización. Morgan expuso el desarrollo de la historia humana en siete «grados» étnico-culturales.

No es nuevo, pues, el ensayo de que la exposición de esa larga etapa de la Humanidad se exponga ateniéndonos al desarrollo de la cultura y a su carácter.

Pero hoy sabemos mucho más y con mayor precisión que en los tiempos de Taylor y Morgan, y, además, es una ambición noble el exponer la serie numerosa y más o menos precisa de datos cronológicos alcanzados por la investigación científica.

Así se vino usando en la primera mitad del siglo XX una división de ese pasado en *períodos* que aspiraban a expresar y comprender una fase de la evolución cultural y una etapa cronológica. Cuando decimos el Período I del Bronce o el Período de la Tène III, damos a entender una etapa cultural y cronológica. Pero las dificultades que este método ha planteado son tantas, que apenas dos libros de Prehistoria general aceptan la equivalencia cultural y a la vez cronológica. Por otra parte, los continuos hallazgos obligan a pasar de un período a otro, tipos culturales diversos, mientras las fechas vacilantes se adelantan o atrasan, según los descubrimientos que se vienen sucediendo sin cesar.

Un libro tan perfecto y que representó un cierto e indiscutible avance hace veinticinco años, *The Danube in Prehistory*, de Gordon Childe, aparecido en 1929, dividió en Períodos I al VII la época prehistórica que va desde la introducción del Neolítico a la época de introducción del Hierro. De estos VII períodos cronológico-culturales, al publicar Childe la se-

gunda edición en 1947, hubo de variar la datación de los períodos I a IV de manera radical, por los hallazgos recientes, sobre todo en Troya, tras las excavaciones de Blegen y otras semejantes realizadas en otros lugares del Asia Menor y del Egeo.

Así, se ha propuesto, y creemos deben irse aceptando por todos en un futuro próximo, lo que el profesor Daniel llama Períodos cronológicos *objetivos*.

El proceso de emancipación de las trabas del viejo formulario cronológico es doble: en primer lugar, debemos librarnos de los nombres tendenciosos de la división en edades, y en segundo, desprendernos de la directriz hasta ahora marcada por las formas culturales o simplemente tipológicas con las cuales se establecieron las anárquicas divisiones en períodos.

Lo que sugiere Daniel es el uso de períodos que sean sólo cronológicos objetivos, a manera de cajones donde se introduzcan las formas culturales y se saquen si nuevos descubrimientos lo exigen, sin que por ello se cambie el nombre al período, que debe ser aceptado por todos. Así, sólo debemos trabajar los investigadores por aumentar nuestros conocimientos, colocándolos en el período que creemos les corresponde, pudiendo trasladarlo a otro si hallazgos más claros nos conducen a ello.

Los colegas ingleses nos proponen establecer una serie de etapas cronológicas de quinientos años, capaces de ser subdivididos en dos de doscientos cincuenta. O sea, que del 3000 a. de J. C. al cambio de Era irían doce períodos (1 a 12, ó I a XII), y en ellos se deben incluir los datos culturales que poseamos, colocando los hechos no seguros en el orden que nos aconseje nuestra opinión sobre los mismos.

Podremos colocar tales datos en un período cronológico o en otro, pero el valor establecido de estos «períodos cronológicos objetivos» debiera quedar inalterable.

La ventaja de referirnos a ellos siempre de manera segura y universal será de gran interés, claridad y utilidad para todos. La aceptación podrá ser fácil, pues no prejuzga la opinión cronológica ni evolución cultural que mantenga cada, sistema prehistórico siempre subjetivo. Sólo servirá para ofrecer una terminología común, y no hemos de insistir en el valor que cobra cada palabra cuyo significado es aceptado por todos. Representa abrir a todas las mentes el camino hacia un método unitario, no sólo de expresión, sino de elaboración y trabajo. Ahora bien, todas las ventajas y toda la fuerza de este nuevo sistema propuesto, y que creemos será aceptado, no serviría sino para nuevas confusiones si no es admitido unánimemente; aunque algunos no lo usasen y prefiriesen su nomenclatura personal o los períodos de tipo cultural, al menos sus referencias al cuadro cronológico general deben ser idénticas a las que se hagan por los que sigan esta división de *períodos cronológicos objetivos* en toda exposición de la Prehistoria, bien sea en tratados generales, bien en tratados más o menos locales o nacionales.

En la XVIII Conferencia Internacional de Orientalistas de Leiden, en 1931, se discutió con fortuna el caótico estado en que se hallaba la terminología usada hasta entonces al publicar los sorprendentes y ricos hallazgos de la Mesopotamia Predinástica. Se aceptaron tres períodos cronológicos, dándoles los nombres locales de El Ubaid, Uruk y Jemdet Nasr. La conveniencia de esta nomenclatura la hemos confirmado todos, incluso los no especialistas, en la investigación de aquellas culturas. Dentro de los períodos citados se han podido colocar todos los hallazgos, e incluso se han podido pasar, total o parcialmente, un objeto o una estación arqueológica o un substrato determinado en una ciudad predinástica, de un período a otro sin cambiar el nombre lógico y la duración básica de los mismos. Un tipo de objeto o un poblado que se creía ser característico del período Jemdet Nasr, puede pasar al período de Uruk, sin que la nomenclatura objetiva del período cronológico Jemdet Nasr y el de Uruk se alteren en nada, haciendo variar toda la sistematización cronológico-cultural e introduciendo nuevos nombres, como ocurre aún en nuestra Prehistoria, donde cada autor crea su secuencia cronológico-cultural y a la vez su terminología, con lo cual no parece que hablemos todos la misma lengua y expresemos unos hechos ya evidentes alcanzados por la

investigación. Ante terminologías diversas nuestras verdades son difíciles de comprender, imposibles y oscuras de enseñar y, sobre todo, difíciles de creer por el hombre culto no especialista que desea interesarse por nuestra ciencia y queda perplejo y desorientado ante la diversidad de términos contradictorios empleados para expresar los mismos fenómenos culturales cuyo conocimiento, sin embargo, poseemos claramente. La realidad es que muchos acaban, ante nuestro caos lingüístico, que, además, es tan poco lógico, totalmente incrédulos.

Ya en 1944, nuestro colega Luis Pericot, en la revista *Ampurias*, única publicación que sigue en lo posible la investigación prehistórica en el mundo de manera continua, se lamentaba del caos y verdadera anarquía de la nomenclatura internacional en el campo de la Prehistoria, ciencia, por lo demás, llena de vitalidad y en continuo progreso.

Ya entonces se proponía la discusión de estos temas y la aceptación de soluciones admitidas por todos, en el primer Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas, que se celebrara después de la guerra. No se hizo tal cosa en el Congreso de Zurich, de 1950, pero desde ahora, y haciéndonos eco del movimiento producido en Inglaterra, no dudamos de que en 1954, cuando se celebre el Congreso Internacional en Madrid, será una realidad concreta la aceptación, previa discusión por todos, de unos métodos expositivos y una nomenclatura internacional. Si son generalmente acatados, nuestra -ciencia habrá dado un paso de gigante.

LA PREHISTORIA ES HISTORIA.

Y volvemos de nuevo a los conceptos fundamentales que hemos expuesto al comienzo de este artículo. Desearíamos con estas páginas servir a un mayor y más completo concepto entre muchos de la Historia Universal. Para nosotros y para todo pensamiento lógico, Prehistoria es también Historia, y el prehistoriador que investiga en esta ciencia no debe perder de vista su meta; hacer historia es el fin primordial por el cual trabaja y hace hablar a los fragmentos de cerámica y aun a las mudas piedras talladas por las manos del hombre. Una de las conquistas más sorprendentes del espíritu metódico, afanoso y sintético del hombre europeo del siglo XIX es la reconstrucción lograda de nuestro remoto pasado histórico. Sin fuentes escritas, a fuerza de trabajo ejemplar, hoy fechamos un simple arpon salido en una turbera báltica o un trozo de cacharro hallado en una cueva o en un estrato de la tierra. Además, podemos atribuirlo a una cultura de la que sabemos las líneas generales de su evolución.

Pero así como el historiador que trabaja con fuentes escritas se especializa en «su» época o en «su» personaje y, por regla general, pierde la visión humana del hombre todo, actuando en el universo todo, así el prehistoriador se reduce a veces a un simple arqueólogo, a un analizador de restos culturales antiguos. Tal labor, que llamaríamos anecdótica, es necesaria, pero es preciso que no olviden todos que la categoría intelectual de nuestra actividad nos la dará sólo aquella ambición de historiadores auténticos en el sentido griego de la palabra.

Cuando Heródoto no sabía el pasado de un pueblo, recogía sus leyendas. Esas falsas leyendas se incorporaban a la Historia del mismo. A veces, eran reflejo de la verdad; otras, no, pero vivieron en la Historia e Historia fueron hasta que hallazgos arqueológicos recientes las han superado. Durante siglos, la batalla de Clavijo será Historia de España. Pues bien, ese afán de proyectar el pasado todo del hombre sobre la tierra es lo que nos debe guiar a los prehistoriadores e historiadores y a cuya aleccionadora reconstrucción completa, universal, debemos servir.

La Historia escrita «menuda», a veces es puro chisme, y la Prehistoria es a veces pura «cacharrología».

Contra ese peligro, al que nos inclinamos fácilmente al historiar tan remoto pasado, por el necesario análisis de las formas culturales, debemos estar alerta, y nuestra aspiración a

exponer Historia Universal debe ser la meta que todo prehistoriador no debe nunca perder de vista.

Para ello es imprescindible la aceptación de una nomenclatura común que refleje la verdad de los objetivos ya alcanzados, del saber ya logrado y ayude a su exposición.

Esperemos que la reunión del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, que se celebrará en Madrid en 1954, esté a la altura de esta noble ambición.

BIBLIOGRAFÍA

Elliot Schmidt: *Human History*, 1930.

Gordon Childe: *Changing methods and aims in Prehistory*. Presidential Address for 1935. *Proc. Preh. Soc.*, pág. 1-15.

Glyn E. Daniel: *The Three Ages*. 1940.

— *What Happened in History*. Londres, 1942.

— *An Essay of Archaeological Method*. Cambridge, 1943.

Fox, Cyril: *Conference on the Future of Archaeology*. University of London. Institute of Archaeology. *Ocasional Paper n.º 5*. Londres, 1944.

— *Archaeological Ages as Technological Stages*. Huxley Memorial Lecture. *Journal of Anthrop. Inst.* LXXIV. Londres, 1944, páginas 1-25.

— *Historical Analysis of Archaeological Method*. *Nature*, vol. CLIII, página 206. (Londres, 1944.)

Pericot García, Luis: *Nuevos ataques al sistema tradicional de la nomenclatura prehistórica*. Ampurias, 1944, págs. 291-2.

Graham, Clark: *From Savagery to Civilisation*. Londres, 1946. En *Modern Quarterly*. Primavera 1946, pág. 18 y sigs.

— *A Hundred years of Archaeology*. Londres, 1950.

F. C. Hawkes, Christopher: *British Prehistory half-way through the Century*. *Proc. Preh. Soc.*, 1951, págs. 1-15.

— *The Chronological Framework of Prehistoric Barbarian Europe*. *Man* LI, marzo 1951.